

Lo dice un sociólogo norteamericano, David Riesman: el movimiento del «poder estudiantil» es más importante que el del «poder negro». ¿Qué es el poder estudiantil? Es el nombre que dan los jóvenes norteamericanos al movimiento que impulsa a los adolescentes de todas las Universidades del mundo a rechazar la sociedad que les rodea en sus propios fundamentos. Se les creía aislados y surgen, solidarios, en todas las capitales del planeta. No se les tomaba en serio, pero han contribuido al apartamiento de los estalinistas en Praga; han obligado a Nasser a cambiar de gobierno; han provocado la inquietud permanente en Varsovia; se han echado a la calle en Berlín; han originado, en parte, la crisis belga; han paralizado la enseñanza en las ciudades universitarias italianas, francesas...

¿Qué tienen en común? Dos cosas, por lo menos: son jóvenes y rechazan la sociedad de sus padres. ¿Qué quieren? Lograr que la Universidad deje de ser el bastión del conservadurismo, para convertirse en el foco de un nuevo radicalismo. Sólo disponen de algunos años para cambiar el mundo: la condición de estudiante no dura mucho tiempo. Tienen prisa.

Por supuesto, hay que distinguir entre ellos. Entre combatir al despotismo y a la sociedad de la abundancia hay un abismo. Para los mayores de treinta años, este abismo resulta infranqueable y tienen tendencia a ver unos héroes en los activistas de Polonia y unos gamberros en los de Nanterre. Pero los jóvenes de 1968 no aceptan esta distinción: para ellos, el despotismo (el totalitarismo) es la característica tanto de las sociedades opulentas como de las otras.

HERBERT MARCUSE

EL HETERODOXO

por SERGE MALLET

Para comprender la virulencia de esta repulsa, hay que conocer a un autor al que se adscribe una buena parte de los estudiantes politizados: el filósofo germano-americano Herbert Marcuse.

nuestra ignorancia hexagonal

¿Quién es Herbert Marcuse? Un hombre de setenta años, alto, que

acaba de salir de California, donde reside habitualmente, para venir a Europa y, entre otras cosas, participar en el gran debate sobre marxismo organizado por la UNESCO, con motivo del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Marx. En San Diego, donde vive, Marcuse es conocido sobre todo por su amor a la naturaleza y a los animales (es miembro del comité del zoo de San Diego), por su

odio al ruido, por su felicidad conyugal (hace treinta años que forma una pareja perfecta con su mujer, Inge), por sus conocimientos lingüísticos (habla corrientemente alemán, su lengua nativa; inglés, su lengua adoptiva; francés y ruso; y comprende italiano y español).

Marcuse nació en 1898 en Berlín, en una vieja familia judía cultivada, de las que hicieron de la capital prusiana otra «Ciudad-Luz», desde los tiempos de Federico el Grande. Cuando estalla la revolución alemana tiene, pues, veinte años, y milita en el partido social-demócrata. Saldrá de él en 1919, a raíz del asesinato de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo por la policía de otro social-demócrata: el ministro Noske. No se adhiere al partido comunista que se está formando, y si en 1927 es redactor filosófico de «Gesellschaft», revista teórica de la social-democracia alemana, conserva dentro de ella su independencia respecto al partido. Por otra parte, ha abandonado en seguida un Berlín en crisis permanente para trasladarse al Sur de Alemania, a la tranquila Universidad de Friburg-en-Brisgau, donde terminará su tesis sobre Hegel, bajo la dirección de Martin Heidegger.

Como tantos otros intelectuales alemanes traumatizados por el fracaso de la revolución (para el propio Lenin, la revolución rusa no era más que «el alzamiento del telón de la revolución alemana»), Marcuse jamás volverá a la política activa. Sin embargo, desde aquella época se muestra ya, junto con Georg Lukacs y Karl Korsch, como uno de los iniciadores de lo que ciertos expertos llamarán «la escuela dialéctica del marxismo eu-



ropeo». Lukacs y Korsch intentan romper la burocratización del socialista naciente, el primero con una elasticidad que le echarán en cara, y el segundo con un furor que le valdrá el ser perseguido por los agentes secretos de la policía soviética.

marx y freud

En esta lucha contra la burocratización del marxismo, contra la nueva «reificación», los «revisionistas» de las dos ramas del movimiento obrero tienen dos aliados: el joven Marx de los «Manuscritos económico-filosóficos», de 1844, y Sigmund Freud. La importancia dada por Korsch y por Lukacs al concepto de «reificación» y el interés de Marcuse por el psicoanálisis arrancan, sin duda, de una misma reacción contra la sociedad represiva.

Wilhelm Reich, discípulo de Freud y «comunista de izquierda», trataba asimismo, en aquella época y por idénticas razones, de establecer un puente entre la «liberación sexual» que proporcionaba el psicoanálisis y el marxismo revolucionario. Para Freud, «la historia del hombre es la de la represión». Más tarde, escribirá Marcuse: «El retorno de lo que ha sido rechazado constituye la historia subterránea y tabú de la civilización, y la exploración de dicha historia revela, además del secreto del individuo, el de la civilización». La penuria, la necesidad es lo que enseña a los hombres que no pueden satisfacer libremente sus impulsos instintivos, vivir bajo el principio del placer. Por eso, el principio de toda civilización ha forjado en el hombre, desde sus primeros años,



un «Super-yo» represivo de sus instintos. La larga inhibición de la sexualidad (de los impulsos instintivos del individuo) en la productividad, ¿no actúa, acaso, como una barrera, tan importante como las estructuras sociales y económicas, para cualquier transformación cualitativa de la vida?

Desde aquella época, Marcuse se inclina por una respuesta afirmativa, lo que no le facilita el compro-

miso político. Esta reflexión provoca el encuentro de Herbert Marcuse con un universitario algo más joven que él: Theodor W. Adorno, cuya evolución filosófica se desarrollará, durante muchos años, de modo paralelo al suyo. En el Instituto de Investigaciones Sociales de Francfort del Main, Marcuse y Adorno organizan las exploraciones para sus «Estudios sobre la autoridad y la familia», obra que

publicarán en París en 1936, y que proporcionará el punto de arranque de la vasta encuesta sobre «La Personalidad autoritaria», realizada en el exilio en los Estados Unidos.

más allá del océano

Entre tanto, el fracaso de la revolución de 1918 habrá dado amargos frutos: ante la llegada al poder del nazismo, Lukacs se calla y acepta el estalinismo, y Reich termina loco. Marcuse y Adorno, mejor integrados en el aparato universitario, se limitan a establecerse en Suiza y en París. La Escuela Normal Superior abrigará los locales del Instituto de Francfort y de su revista: «Zeitschrift für Sozial-Forschung». Adorno y Marcuse se encargan de la dirección, con Max Horkheimer y Polack. Dos jóvenes investigadores franceses trabajan junto a ellos y bajo su dirección: se llaman Raymond Aron y Georges Friedmann. Pero Marcuse ha comenzado a trabajar episódicamente con la Universidad de Columbia desde 1934. En 1937 se traslada definitivamente a Estados Unidos, seguido por Adorno y los restantes colegas del Instituto. Terminada la guerra mundial, Marcuse realiza, en el Instituto de Investigaciones sobre Rusia de la Universidad de Harvard, intensos estudios sobre la Unión Soviética, de los que surgirá su primer «best-seller»: «El marxismo soviético». Entre 1945 y 1965, mientras enseña en la Universidad Brandeis, de Boston, cristaliza su concepción de radical oposición a la «sociedad industrial».

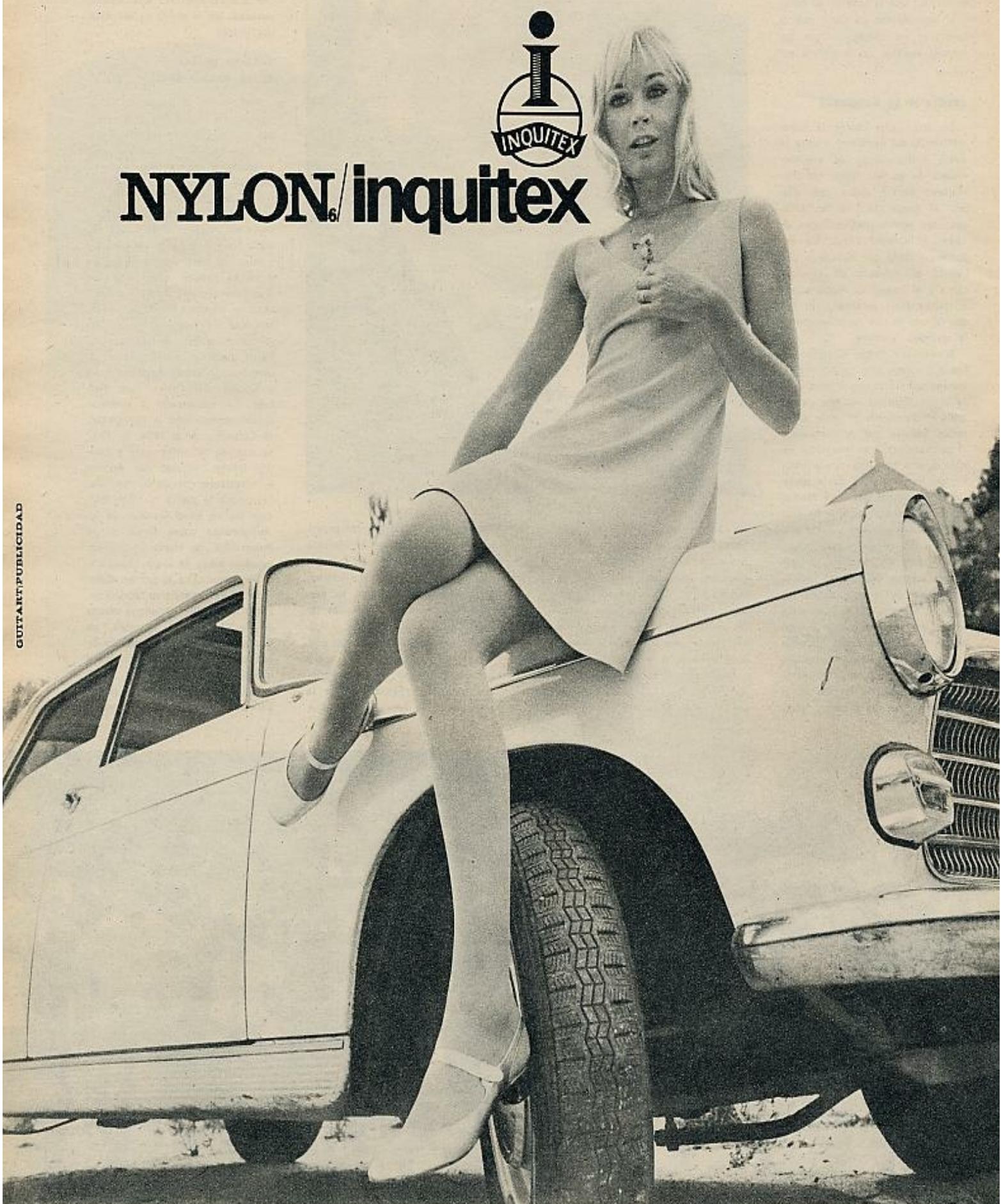
Hasta entonces, Marcuse, que trabaja sobre la base de su primera





NYLON₆/inquitex

GUTTA RT/PUBLICIDAD



HERBERT MARCUSE



tesis, se muestra principalmente como un gran filósofo especialista en Hegel. Las dos obras que llegarán a ser libros de cabecera de los estudiantes alemanes, y después de los franceses e italianos, «Eros y Civilización» y «One dimensional man», enmarcan un intenso período de actividad intelectual, durante el cual el honorable profesor Marcuse, confortablemente instalado en una filosofía crítica académica, formulará un despiadado ataque contra la sociedad norteamericana, y, más tarde, desde su tranquilo retiro de Boston y posteriormente desde el paraiso natural de Jolla, a orillas del Pacífico, donde se instala en 1966, lanzará por encima del océano acusas ideológicas que incendiarán las Universidades europeas: Berlín, Frankfurt, Roma, París...

miseria histerica

En 1960, durante un seminario que dirige en la Escuela práctica de Altos Estudios de París, Herbert Marcuse definió, por vez primera en Europa, lo que él llamaba entonces «el capitalismo de organi-

zación», y comenzó a desarrollar los temas que debían constituir una crítica global de la «sociedad industrial» moderna en «El Hombre unidimensional».

Prosiguiendo la reconciliación del marxismo con el pensamiento de Freud, «Eros y Civilización» señala ya un elemento esencial en la comprensión marcuseana de la «sociedad industrial». El psicoanálisis nace en plena época «liberal»: aquella en que el «desarrollo del individuo libre» aparece como el motor del desarrollo económico y social. Freud demuestra que «la coacción, la represión y la renuncia son la estofa de que se compone la libre personalidad». Igual que el joven Marx demostraba que el propio capitalismo estaba alienado por el dinero. Pero, después de todo, Freud tan sólo psicoanalizaba a burgueses, muchas veces marginales. Al llegar a los Estados Unidos, Marcuse observa que, de terapéutica liberadora individual, el psicoanálisis ha pasado a ser factor de integración: «En tanto que el psicoanálisis reconoce, en último análisis, que la enfermedad del individuo está causada y mantenida por la enfermedad de la civilización, la

terapéutica psicoanalítica trata de curar al individuo de manera que pueda seguir funcionando como parte de una civilización enferma, sin capitular completamente ante ella». La terapéutica —decía Freud— es un curso de resignación que «transforma vuestra miseria histórica en desdicha banal».

Ha surgido la palabra; nos hallamos en pleno cogollo del tema: la civilización está enferma. Estos hombres achaparrados, airados, neuróticos, aplastados que nos rodean son los desdichados productos (aunque no lo sepan) de un «desorden general». Y «de la curación de este desorden depende, más directamente que nunca, la curación de los trastornos personales».

¿En qué piensa Marcuse? Recordemos: Adolescente, ha sido forma-

do por el formidable estallido liberador que fue la derrota del II Reich, la revolución rusa, su eco luxemburguista en Alemania, la revolución surrealista... Bajo sus ojos, y en el espacio de diez años, la más prometedora y entusiasmante explosión de libertad popular se ha transformado en dos brotes, disímiles pero sin embargo emparentados, de primitivismo bárbaro: por un lado, el nazismo; por otro, el estalinismo. ¿Por qué? ¿Cómo se explica que la industrialización soviética haya acarreado un desarrollo paralelo de un nuevo despotismo? ¿Y que el país más industrializado de Europa haya domesticado a la revolución obrera desviándola hacia el movimiento más estúpidamente sanguinario de la historia moderna?

la esperanza de los sin esperanza

Hay que comprender. Para el filósofo exiliado, sobrevivir equivale a entregarse con ardor a esta tarea: comprender. La guerra ha sido un intermedio, un respiro. Una vez terminada (¿ganada?), a Mar-



si, pero... lo importante en el hombre son los pantalones
compre pantalones meyma



cuse le asalta una atroz sospecha: ¿Y si fuera el propio progreso de la industria técnica el que permite a las sociedades, autoritarias pese a su barniz democrático, afinar sus métodos de dominación, disimular su fondo despótico y aumentar la eficacia de sus métodos de manipulación y de mistificación de los individuos?

¿Cuestiones especulativas? En absoluto. El maccarthismo, heredero del fascismo vencido (aparentemente), acaba de barrer los Estados Unidos. Sospecha: ¿Y si fueran éstos la próxima víctima —designada de antemano en virtud de su propia potencia técnica— de un resurgir bárbaro?

Tal es el interrogante que corre como un hilo rojo a través de «El Hombre unidimensional», el libro más subversivo que haya aparecido en los Estados Unidos durante todo este siglo. Estos —declara de entrada Marcuse— han reunido todas las condiciones materiales para «pacificar la existencia», es decir, para suprimir la guerra, la crueldad, la brutalidad, la imbecilidad, la fealdad, la opresión. En esta sociedad opulenta, la lucha por la vida se ha convertido en superflua. Desde el punto de vista económico y técnico, se ha hecho allí posible el reinado de la libertad. La automatización podría permitir que se aboliera el trabajo (y, con más razón, el trabajo embrutecedor) en beneficio del ocio y de las actividades libres. El «desarrollo de las fuerzas productivas» exige, objetivamente, la abolición del capitalismo y de sus valores, ya caducos.

Pero —añade Marcuse—, precisamente por esto es por lo que la vieja sociedad represiva y opresiva hace todo lo posible por impedir que los individuos tomen conciencia de su posible liberación, así como de la perpetuidad de la dominación de que son objeto. ¿Cómo lo hace? Sin duda, por la manipulación y el condicionamiento de las conciencias: libertad «administrada»; democracia al servicio de un terror suave que perpetúa el miedo, la inseguridad; integración de los individuos (sirviéndose, por un lado, del consumo de masa y, por otro, del condicionamiento «educativo») en una praxis tecnocrática cuya ideología omnipresente les prohíbe «toda posibilidad de crítica, de evasión, de decir no».

En pocas palabras, la sociedad tecnocrática recupera todos los deseos, todas las aspiraciones de los individuos, pero para desviarlos de su objetivo liberador y ponerlos al servicio del proceso de producción, asignándoles, en lugar de su objeto profundo, satisfacciones banales, superficiales, mistificadas que

permiten el funcionamiento de la industria y su acumulación de beneficios; la perpetuación e incluso la extensión del sistema de dominación: mercantilización de las satisfacciones y represión de las necesidades profundas marchan juntas. El aparato de producción se convierte en totalitario en el sentido en que logra determinar las actitudes, las aptitudes y las satisfacciones, al mismo tiempo que las aspiraciones y las necesidades individuales.

Resumiendo: la alienación está tanto mejor perpetuada cuanto que las técnicas de dominación logran privarla de su propia conciencia. Ya no es necesario el guardia; está dentro de la cabeza de cada obrero, obrero-consumidor. En estas condiciones, la propia revolución socialista no sería todavía bastante para liberar a los hombres: su conciencia está tan profundamente mutilada que son incapaces de negar las necesidades y los fines que ha instalado en ellos la sociedad represiva. Además —añade Marcuse—, esta revolución ya no es concebible, puesto que la propia clase obrera está «ligada al sistema de las necesidades», en lugar de ser su negación.

La conclusión desesperanzadora de «El Hombre unidimensional» se desprende sin esfuerzo del anterior análisis, a su vez unidimensional: «La esperanza nos llega tan sólo de los que no tienen esperanza», concluye Marcuse, citando al poeta Walter Benjamin.

un pesimismo injustificado

Nada tiene de extraño que muchos adolescentes «a los que se negaba toda esperanza» se hayan identificado con las tesis marcuseanas: represión social; carácter profundamente totalitario de la sociedad; mutilación y nivelación de las conciencias; encuadramiento de las energías, a las que se les prohíbe toda superación hacia un futuro distinto, en beneficio de una producción a la vez racionalizada hasta el extremo y totalmente irracional por sus derroches, sus destrucciones de riquezas, su ausencia de finalidad humana; acta de fracaso, finalmente, del movimiento obrero y llamamiento a las fuerzas

de «subversión intelectual» como última trinchera contra la barbarie que asciende y postrer reserva de energía revolucionaria.

En los peligros que denuncia Marcuse, nada es indiferente. Simplemente, desdeña por completo los aspectos positivos que coexisten con las razones de pesimismo, aspectos que descubren los jóvenes norteamericanos, como lo demuestra el programa-manifiesto de la «nueva izquierda» («New Left»), publicado el año pasado. A fin de cuentas, el análisis de Marcuse de la sociedad industrial no es muy diferente del que hace su antiguo colaborador Raymond Aron: lo que ocurre es que Marcuse pinta de negro lo que Aron blanquea.

André Gorz, que ha desarrollado sobre la sociedad europea un análisis muy parecido al de Marcuse, tiene razón cuando le hace a este último la siguiente crítica: so pretexto de que la clase obrera no percibe al primer golpe la contradicción entre la liberación hecha posible y el uso represivo y mistificador que el capitalismo hace de las posibilidades de la técnica, Marcuse concluye un tanto de prisa que esta contradicción no es perceptible. So pretexto de que, según él, el obrero (norteamericano) toma el refrigerador y el coche por el verdadero objeto de su aspiración profunda, cayendo así en la trampa del capitalismo opulento, Marcuse concluye un tanto de prisa que es imposible situar la reivindicación obrera en un modelo de consumo y un modo de vida diferentes.

Sin duda alguna, Marcuse lleva razón al refutar el catastrofismo revolucionario y al subrayar la enorme capacidad de adaptación del capitalismo moderno. Pero, ¿cómo puede sostener Marcuse al mismo tiempo que ya no existe grupo social revolucionario, ni siquiera virtualmente, y que no hay nada de utópico en imaginar la nueva civilización que la automatización hace posible, en la «que se expandiría libremente la actividad libre de los hombres liberados»?

En realidad, el pesimismo de Marcuse se ve desmentido constantemente en los sectores industriales en los que las consideraciones de beneficio inmediato —y el apego patronal a un orden jerárquico condenado por el progreso técnico— impiden el desarrollo de la automatización. Los propios sindicatos norteamericanos han percibido la contradicción entre las posibilidades de liberación y la lógica del beneficio: ante la automatización, han reaccionado más a menudo reivindicando una reducción de los horarios y una mejora

de las condiciones de trabajo que rebelándose, a la manera de los obreros del siglo pasado que rompían máquinas para oponerse a la evolución técnica. El hecho de que la sociedad industrial norteamericana rehúse el paso generalizado a la automatización confirma (igual que su incapacidad para resolver los problemas planteados por el crecimiento urbano, la industrialización del Sur, el pleno empleo de los «cuadros» o su seguridad) que no ha alcanzado esa autorregulación tan aireada por los sociólogos de la integración.

Pero todos estos golletes de estrangulamiento dejan, precisamente, intactas las posibilidades de una toma de conciencia, que ya tiene lugar. Curiosamente, Marcuse evita la consecuencia lógica de su postulado: si existe contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el sistema de producción, ¿quién, qué clase, qué capa social puede percibirla mejor, quién soporta sus consecuencias, quién tiene más posibilidades de invertir el orden de las cosas?

Marcuse responde: los que se encuentran fuera del proceso productivo. Las minorías raciales, excluidas en su mayoría del proceso de producción. Los que viven a expensas de la sociedad industrial: parados permanentes, delincuentes, etc., etc.; y, al otro lado de la cadena, por el contrario, los privilegiados de la cultura, que tienen la posibilidad de escapar al condicionamiento.

El sistema unidimensional de Marcuse desemboca, de este modo, en una imposible tautología. Porque estos desclasados, estos marginados de la sociedad industrial tampoco escapan al condicionamiento: cuando destruyen los objetos de la civilización blanca de la que están excluidos, los rebeldes de los ghettos negros no escogen otro modelo de consumo. Quedan, desde luego, los filósofos, quienes, apoyándose en los esclavos rebeldes, harán reinar una «dictadura pedagógica» ilustrada, que terminará por eliminar las tendencias represivas del hombre.

Sería injusto insistir demasiado en el carácter azaroso de la «estrategia» marcuseana. De hecho, ésta no existe. El retorno de los filósofos alemanes a Hegel tras el fracaso de la revolución significa también esto: la renuncia a la preocupación de transformar el mundo. De nuevo, el filósofo se conforma con explicarlo. Desde este punto de vista, la teoría crítica de Marcuse resulta útil. Era indispensable, dentro del servilismo consentido de las ciencias sociales norteamericanas. ■ S. M. (Fotos: EUROPA PRESS)